

FEIRA DA LADRA

ALFAMA

La Feira da Ladra, literalmente, mercado de la ladrona. El origen del nombre viene del lugar en el que se vendía (¿se vende?) la mercancía robada. Es el mercado de viejo que toda ciudad con historia mantiene. Encaramado en el corazón de la Alfama, en las callejuelas que trepan hacia el castillo de San Jorge, el lugar es un sueño. Callecitas torturadas por una pendiente descomunal y rúas que serpentean a lo largo de casas que parece que tienen la misma camiseta tendida desde los años setenta. Si, además, le gusta comprar antigüedades, libros raros, muebles viejos, ropa de los *hippies*, adornitos peruanos o piezas de motores que a saber de dónde vienen, ha llegado a su lugar.



Baldes de colores en la Feria da Ladra, en Alfama. / Ana Nance

QUIOSCO

PRAÇA DO PRÍNCIPE REAL

Esto no es moderno. Esto es muy antiguo, tanto como la plaza. Abierto por la mañana, es la excusa perfecta para un café solo y tranquilo (el café en Lisboa es inmejorable en todos los sitios), y leer en el periódico las últimas desgracias económicas. Por la tarde es distinto: el quiosco, enclavado en una esquina de la plaza y del jardín, sirve de epicentro del Bairro Alto, y se convierte en un inevitable punto de encuentro para las oleadas de jóvenes que desde aquí se toman la primera, sentados o de pie, y se desperdigán después hacia los bares y locales de la zona.



La terraza y el quiosco de la Praça do Príncipe Real. / A. N.



Vistas al Tajo desde una terraza del Bairro Alto. / A. N.

LA RIBERA DEL TAJO

DESDE EL TERREIRO DO PAÇO HASTA BELEM

Lisboa, poco a poco, gana su pulso al río. El majestuoso estuario salobre del Tajo besa toda la parte baja de la ciudad. Pero hasta hace poco era difícil pasear por la ribera desde la hermosísima plaza del Terreiro do Paço hasta Belem. Ahora sí se puede. Más de siete kilómetros de caminata. En ellos hay puertos deportivos, puertos normales, restaurantes, edificios municipales, bares, paseos, pistas de pádel y naves industriales —muchas vacías— que guardan el encanto portuario de hace años. Al fondo, el perfil rojo del puente 25 de Abril. Si uno se acerca a las ocho de la mañana, a esa hora ambigua, ve a los que se aprestan a comenzar la mañana corriendo a la vera del río junto con los que aún no saben que la noche, ay, acabó ya.

MERCY HOTEL

RUA DA MISERICORDIA, 76

Este es un *hotel boutique*. Ronny, el botones, con bombín, metro ochenta y chaqué impecable, muestra el bar interior, oscuro, hipermoderno, las habitaciones sacadas de un catálogo de hoteles de última generación neoyorquina y el restaurante de gusto oriental. También, la futura terraza, actualmente en construcción. Es un hotel, sobre todo, según explican sus responsables, que invita a dormir plácidamente para salir de mañana a comerse la ciudad. Su emplazamiento es idóneo y estratégico: en medio del Bairro Alto, a un paso de todo lo que importa en Lisboa. Además, si no ha tenido tiempo ni ganas, puede que encuentre la chaqueta ideal entre los maniqués que pueblan el inquietante vestíbulo, poblado con modelos especialmente diseñados para este espacio.



Tejados de Lisboa desde una terraza del hotel Mercy. / A. N.



Salón del hotel Monte Belvedere. / A. N.

HOTEL MONTE BELVEDERE

RUA SANTA CATALINA, 17

Hotel familiar. Acogedor. Situado en una vieja fábrica de perfumes cuando en el centro de Lisboa aún había talleres. Decorado con gusto y sencillez. Con una terraza que se abre a la luz inmensa de la desembocadura del río. Vera, su encargada, insiste en que persiguen el trato cercano, el hacerse casi amigos de los huéspedes, el intento de mostrarles la verdadera Lisboa, la que se oculta detrás de los tópicos, incluyendo la parte mala. Un hotel, añade, en el que lo que más importa es el factor humano. De ahí el número de habitaciones, que no pasa de la decena. Aquí se conocen todos. El establecimiento abrió hace un año y no desentona en una ciudad que sigue siendo, sobre todo, esencialmente humana.

PENSÃO AMOR

RUA DO ALECRIM, 19

Este es un sitio original. Un antiguo y señorial piso del siglo XVIII que en tiempos albergó un prostíbulo mariner que funcionaba con una quincena de habitaciones. A un paso del río. Ahora, rehabilitado como bar y espacio para eventos y presentaciones, todo en la decoración recuerda al sexo. Grabados eróticos en las paredes, frescos en los techos, estatuas en las esquinas. Los muebles (las sillas, las mesas, los sofás, los tapizados) destilan cierto aroma a burdel de cierto empaque. En una de las salas, iluminada con luz cruda, luce de forma chocante la cabeza coronada de una cornamenta de un ciervo macho de gran tamaño. Cierra muy tarde. Pero no todo es sexo: las caipiriñas, por ejemplo, también están muy buenas.



Marilyn Monroe preside una de las salas de la Pensão Amor. / A. N.